

## ARACNE POR LAURA FLO

---

*Puede decirse que desde pequeña mi padre me enseñó a amar las telas. Cada hilo, cada textura, cada tacto y color de cada una de ellas, todas iguales pero diferentes a la vez. Mi padre Idmón de Colofón era tintorero y siempre me gustaba su olor a pintura fresca, un olor fuerte pero único debido a la mezcla de todas las pinturas del día, que habían sido usadas para teñir sus encargos.*

*Casi siempre, mientras que mi hermano jugaba fuera, yo me quedaba viendo a mi padre y me contaba anécdotas del tema, como que el hecho de que la mayoría de las pinturas estuviesen hechas a partir de sangre de animales, cosa que me parecía imposible y asquerosa. Por eso nunca me dejaba ayudarlo, ya que decía que una niña tan guapa como yo no debería ensuciar sus manos de la manera que lo hacía él. Pero a mí no me habría importado, porque como también decía, los colores transmiten sentimientos y emociones que a veces ni siquiera el ser humano puede transmitir y eso me parecía mágico.*

*Entonces, un día, mi padre le trajo a mi madre un regalo a casa. Dijo que lo había conseguido en el mercado y que nos sería de utilidad. Se trataba de un telar.*

*Mi madre me explicó que con ese objeto se entrelazaban los hilos para formar una sola tela. Para mí, podía crear vida.*

*En ese día comenzó todo. Aprendí a usar el telar con la ayuda de mi madre y al día siguiente ya lo manejaba como si yo lo hubiese inventado. Los hilos se enrollaban, se plegaban, se ordenaban, subían y finalmente bajaba el batán agrupando los hilos en una densidad. Así una y otra vez.*

*Seguí practicando día tras día dando a luz representaciones de historias, leyendas, paisajes, cada flor, cada árbol, dioses, a mi familia, mi casa... mi mundo.*

*Con los años la gente empezó a hablar de mí por todos lados incluso fuera de Lidia, o eso decían. Un día se presentaba una musa y me miraba tejer, y yo la tejía a ella; al día siguiente venía otra y al siguiente más. Todas elogiaban y alababan mis creaciones. Por lo que me sentía orgullosa de que lo que yo representaba fuese tan maravilloso como a mí me parecía y seguí desarrollando mi imaginación.*

*Así que un día, llena de orgullo, poder y satisfacción, sin dudar de mis habilidades me proclamé la mejor de las tejedoras, incluso tanto, o mejor que un dios. Al menos eso era lo que sentía en ese momento.*

*Enseguida llegaron a mis oídos habladurías de que me veían como a una posible discípula de Atenea, que era patrona de las hilanderas y tejedoras además de ser la diosa de la sabiduría y el arte en la guerra, y decidí retarla. Estaba dispuesta a demostrar de lo que era capaz y, si mi meta para lograrlo era sobrepasar a un dios, sin duda lo haría.*

*Al parecer Atenea también había oído hablar de mí y un día dando un paseo, una anciana se me acercó y trató de convencerme de que me retractase de mi orgullo y mis palabras, y no me enfrentase a una diosa. Pero yo estaba decidida a demostrar de lo que era capaz y le respondí furiosa, ofendida ante sus dudas de mi esfuerzo. Mostraría a Atenea, en un duelo de tapices, que era capaz de sobrepasarla.*

*Entonces, la anciana suspiró y su cuerpo se fue alargando y tomando forma de adulta. Sus ojos se agrandaron y sus arrugas desaparecieron cayendo un pelo largo, negro y hermoso que se recogió en un casco. De su pecho brotó la*

égida a juego con un escudo y una lechuza con mirada punzante se posó en su hombro. Ante mí se encontraba la mismísima Atenea. Entonces fui consciente de lo que había hecho, tenía una gran presencia y se sentía que estaba furiosa.

Pero eso me llenó emoción, por lo que no estaba dispuesta a echarme atrás. Así que le dije:

*-Atenea, diosa de la guerra y las artes, deseo mostrarte que soy capaz de poner todo mi ser en mis telas, que serán capaces de derrotarte y sé que lo harán.*

Atenea con la cara pensativa y una sonrisa condescendiente en el rostro me dijo con una voz melodiosa:

*-Que así sea, te concederé tu deseo. Pero ten presente que ningún mortal podrá nunca superar a un dios.*

Y entonces buscamos una explanada y allí Atenea creó de unos matorrales dos hermosos y esbeltos telares.

Cada una ocupó su lugar y cuando su lechuza emprendió el vuelo, comenzamos.

No sé muy bien cómo lo hice, porque la frente me duele demasiado como para pensar más. Solo sé que mis brazos se movían solos y el telar correspondía a mis movimientos. En mi telar quería demostrar que los dioses no eran perfectos y por eso mostré a la luz los amoríos y aventuras de los dioses cuyo color representaba el rojo y expresaban el amor, la pasión, los celos, el odio y el deseo. Los sentimientos más poderosos, junto a los míos propios, puestos en este telar.

Sé que eso fue cruel por mi parte, porque los humanos somos peores y creo que ese simple hecho justifica mis acciones.

*La consecuencia fue que hasta Atenea quedó asombrada de mi creación, aunque el suyo también era indescriptible, algo divino. Pero yo había ganado. Y ella furiosa me rajó el telar y después me golpeó en la frente.*

*Eso me hizo reaccionar. Me río pensando que llegué a crearme como un dios, capaz de crear vida y quitarla a mi antojo y no lo era. Definitivamente no era lo que sentía al principio. Mi padre me enseñó a vivirlo, no a poseerlo.*

*Ahora colgada, he intentado acabar con mi vida, pero la diosa, me sostiene en el aire. Y entonces, consciente de que estas van a ser mis últimas palabras, Atenea me castiga, convirtiéndome en un ser que por naturaleza, hará lo que yo mas disfruto en el mundo. Una araña.*